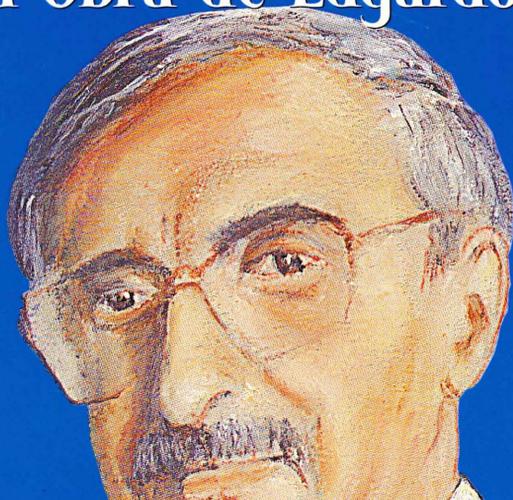
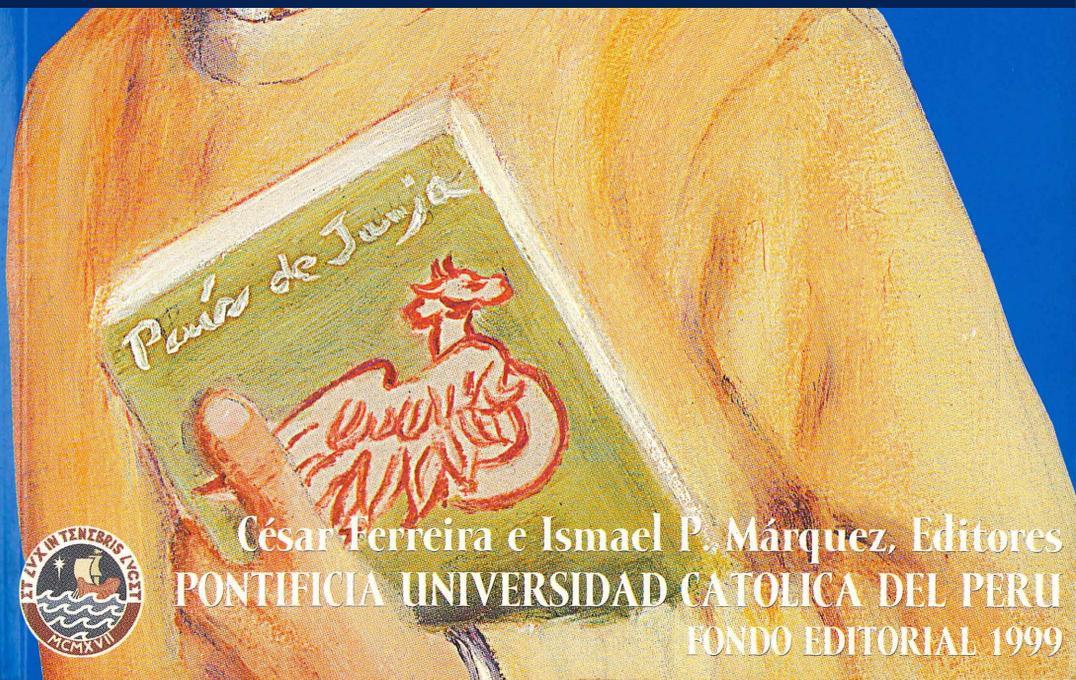


DE LO ANDINO A LO UNIVERSAL

La Obra de Edgardo Rivera Martínez



Capítulo 24



César Ferreira e Ismael P. Márquez, Editores

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

FONDO EDITORIAL 1999



Primera edición: marzo de 1999

Cubierta: Dixie Ann Márquez y Michael Steele

De lo andino a lo universal. La obra de Edgardo Rivera Martínez.

Copyright © 1999 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, Cuadra 18 San Miguel. Lima, Perú.
Telfs. 460-0872 - 460-2291 y 460-2872 Anexos 220 y 356

Derechos reservados

ISBN 9972-42-157-0

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

LA OTRA CARA DE LA LUNA

Heraclio Bonilla

En estos días circula la segunda edición de *País de Jauja* (Peisa, 1996: 548 pgs.), la aclamada novela de Edgardo Rivera Martínez. Las vivencias y las ilusiones del joven Claudio, en la Jauja de la década de los 40, así como la de sus relaciones sus familiares y otros notables del pueblo, constituyen la trama central de una novela en la cual el paisaje, el lirismo, y el testimonio están permanentemente entrelazados. El contenido, la trama y la prosa son tan notables que no extraña que la novela de Edgardo Rivera haya figurado como finalista en el último concurso “Rómulo Gallegos”.

No es, por cierto, la primera vez en que Jauja y su paisaje natural y social se constituyen en el centro de un relato y de una reflexión. Desde los “Estudios sobre la Provincia de Jauja” publicado por Manuel Pardo en 1880, las *Facetas de Jauja* de Clodoaldo Alberto Espinoza Bravo, en 1936, hasta las estampas costumbristas más recientes de un Espinoza Galarza o de un Pedro Monge, Jauja fue, en efecto, el objeto de la reflexión y de la nostalgia de sus hijos o de quienes, por algunos orgullosos jaujinos aún llaman la “Atenas” del Perú. Pero la altura narrativa que alcanza *País de Jauja* la hace incomparable, a la vez que constituye un importante reto para quienes opten por seguir estos caminos.

Pero también Jauja y su pasado fueron el objeto de una ideología

cuidadosamente construida y reproducida. Que los autores y portavoces de esa ideología sean los herederos de una élite terrateniente que la historia de estas últimas cinco décadas se encargara de disgregar y destrozarse, no hace sino redoblar el interés sociológico a la vez por la ideología y por sus cultores en el presente.

Como toda ideología, está ahí para camuflar una realidad, pasada o presente, y para reemplazarla por otra. Los herederos de los antiguos notables de Jauja todavía se reúnen cada 24 de abril para “celebrar” la fundación española de la ciudad y la elección de Jauja como nueva capital del imperio español en el Perú. En sí, es una efemérides como cualquier otra, a condición de que no se olvide que esa “fundación” es susceptible también de otra lectura. Pizarro no eligió a Jauja como centro político del nuevo sistema colonial ni por su buen clima ni por la belleza de su paisaje, sino porque en el incierto clima político de ese momento encontró en los antiguos *xauxa* los aliados necesarios para consolidar un poder naciente, en virtud a un “pacto” al que algunos devotos contemporáneos de la mitología atribuyen todavía la inexistencia de las grandes haciendas en la región. Atahualpa, pese a las promesas en contrario, fue ajusticiado por mucho menos. Pero esa añoranza del pasado, además, sirve como una excelente coartada para no ver un presente que es a la vez menos idílico y más inquietante. Y es que la pobreza, la miseria, y la marginación de los jaujinos de hoy difícilmente pueden ser celebrados.

El otro mito colosal, y que en realidad cruza al conjunto del Perú y de su historia, se refiere a su pretendido *mestizaje*, en el sentido preciso de integración y unidad. Los clivajes espaciales, sociales, y raciales, por consiguiente, o no existen o se subliman para dar paso a un Perú “integrado y creativo”. Jauja, y el hermoso libro de Edgardo Rivera Martínez, son en este contexto emblemáticos. Un escenario en el que convive una linda gente, que cultiva la música y la literatura culta, y que de tiempo en tiempo nutre sus fantasías con las leyendas del Ande u observando danzar a señores y mestizos desde el palco de la plaza de Yaucos cada 20 de enero es, efectivamente, el país de Jauja. Pero en el sentido preciso de la expresión popular española: irreal e

inexistente. Sería exagerado pedir a Edgardo Rivera que dé un testimonio, incluso en su traducción literaria, de una realidad que probablemente no conoce. Que haya escrito un extraordinario libro es suficiente, a condición de que el lector no olvide que esa realidad fue posible por el trabajo y por la pena de otros.

[*La República*. Julio (?), 1996].